

ESPINOSA RUIZ, U. y CASTELLANOS, S. (eds.), *Comunidades locales y dinámicas de poder en el norte de la Península Ibérica durante la Antigüedad Tardía*. Actas de las Jornadas sobre Antigüedad Tardía en el norte de la Península Ibérica (Logroño, 14-15 abril 2005), Logroño, 2006, ISBN 84-9648713-X. Recensión de PEDRO ARCINIEGA LIZ.

Siglos oscuros, tardoantigüedad, postromanidad, protomedieval. Sustantivos y adjetivos que aspiran todos ellos, aparte de a establecer un cierto grado de definición –cada uno desde sus particulares puntos de interés–, a lograr otorgar al objeto de su interés un carácter más o menos delimitado, fijo y establecido, que facilite la labor de su comprensión y encaje dentro de unos esquemas de conocimiento histórico elementales.

El solo hecho de la diversidad de denominaciones empleadas, así como la incapacidad para alcanzar un consenso definitivo en una fórmula que sea capaz de satisfacer todos los puntos de vista, sin a la vez incurrir en una traición al rigor de la investigación, revelan bastante bien las arduas dificultades que plantea el abordar el tema en cuestión; ya no solo de cara a una labor académica de tipo erudito, sino meramente al abordar el ámbito de la divulgación al público.

Mas, ¿qué tipo de estudio histórico es el que puede llegar a acarrear tanta dificultad para alcanzar un consenso definitivo, y debido a qué?

El *quid* de la cuestión se sitúa, sencillamente, en la dificultad para clasificar o dotar de una estructuración claramente inteligible, a algo que está siendo, y a la vez dejando de ser, desafiando con ello a nuestros esquemas básicos de conocimiento. Cronológicamente, el elemento (o elementos) de estudio se sitúa en ese espacio de tiempo, tan complejo pero a la vez tan necesario, inserto entre aquellas manifestaciones más claras, más “puras” si se quiere, o que muestran con mayor plenitud aquellos elementos que se consideran como definitorios de un período concreto de la historia de la Humanidad.

Desde los aspectos culturales (dentro de los cuales quedan, naturalmente, todas las manifestaciones de tipo social), la problemática estriba en calibrar adecuadamente el grado de vigencia o permanencia en el tiempo de aspectos que van desde la simple cultura material a las formas de organización política y territorial. Estudiar y comprobar el cómo y el porqué se mantuvieron operativos en el tiempo (siendo para ello imprescindible, el responder primero a qué necesidades daban satisfacción), y hasta cuando; si experimentaron transformaciones, a qué fueron debidas (¿se debieron acaso a causas endógenas, exógenas, o hubo una concomitancia de ambas?), qué grado alcanzaron, y cuál fue el producto, el resultado final de las mismas. E incluso, una vez ya recorrido todo el terreno previo, dar un paso más allá, e indagar si en esas

nuevas formas culturales, pueden encontrarse restos, vestigios, perpetuaciones de aquellas que las precedieron, y hasta qué punto alcanzan estas pervivencias.

Una actividad, como podemos comprobar, francamente compleja y laboriosa, incluso cuando, como es el caso concreto, se llega al acuerdo de una acotación de los aspectos a investigar siguiendo unas delimitaciones geográficas, metodológicas y temáticas. Por ello, la opción que se optó por seguir en las *Jornadas*, es, probablemente, la que ofrece mejores posibilidades con vistas, tanto al trabajo de investigación, como a la exposición al público de sus resultados. Partiendo de unas mínimas líneas de coordinación interna aceptadas de común acuerdo, cada participante hará su aportación personal, individualizada y respondiendo a los intereses que rigen su labor de historiador; lográndose así un conjunto con una mínima armonía, en el cual, la riqueza del mismo estará precisamente en su diversidad de matices, perspectivas y puntos de vista.

De los tres ejes sobre los que se articula el orden interno que rige cada uno de los trabajos –el espacio, la temática y la metodología–, es el primero de ellos el que, en apariencia, menos problemas sería susceptible de presentar menos problemas, habiéndose llegado al común acuerdo de delimitar el área geográfica a la que se circunscriben los estudios, en lo que podemos considerar como el tercio norte peninsular.

El territorio antes mencionado, y objeto de estudio en el presente volumen, se organizaba en época bajoimperial y tardoantigua en las provincias *Tarraconense* y *Gallaecia*, y si hay algo que lo caracteriza es, precisamente, su escaso grado de homogeneidad, ya sea en las formas administrativas, sociales o económicas –lo cual no puede dejar de quedar reflejado en cualquier estudio que englobe, aunque sea desde las particularidades, dicho espacio geográfico. De un extremo a otro, desde el Atlántico hasta el Mediterráneo, nos encontramos con comunidades que, insertas en el marco general del edificio administrativo imperial, van a seguir –incluso por encima de corrientes o tendencias más o menos homogeneizadoras– su propio discurso evolutivo, que terminará ofreciéndonos para la Hispania septentrional entendida en su concepto más amplio, un panorama variado, complejo, y a la vez emocionante por lo que se refiere a las múltiples posibilidades de investigación.

El trabajo de Margarita Fernández Mier nos presenta un prometedor estudio en relación a las formas que adoptaron, tanto el hábitat como los patrones de asentamiento y explotación del territorio de época tardoantigua, ya de origen netamente romano, o procedentes de la tradición cultural indígena; el objetivo es lograr explicar de forma adecuada ciertos desarrollos del poblamiento rural de época medieval en lo que fue el espacio del antiguo *conventus asturum* (territorio de las actuales León y Asturias).

Por su parte Urbano Espinosa, tocando también una temática relativa al hábitat humano (la evolución de la forma urbana tardoantigua y su relación con los espacios rústicos circundantes), nos lleva a un espacio regional completamente distinto, como es el Alto-Medio Ebro y las áreas pirenaicas suroccidentales. Nos muestra de una forma clara y exhaustiva hasta que punto el concepto de tardoantigüedad, la realidad de la vida urbana, y la continuación del ideal sociocultural clásico, se encuentran entrelazadas entre sí en un espacio que, hasta el segundo cuarto del s. V, todavía pugnaba por mantener una ficción de imbricación dentro de un sistema político, el Bajo

imperio romano, que en esos mismos momentos se deshacía de la forma más completa e inevitable posible.

Con respecto a la metodología, previamente hemos de hacer una precisión, y es que en estos momentos nos encontramos en una situación bien distinta a la existente cuando comenzaron los primeros estudios sobre la tardoantigüedad hispana. La información de que podemos disponer actualmente está experimentando una constante renovación, lo cual no puede dejar de suponer un avance, tanto cuantitativo como cualitativo –aspecto dentro del cual podemos circunscribir el tema de los métodos más apropiados a emplear en cada caso. Mas, que conste que estos progresos no deben llevarnos a un exagerado optimismo, pues en determinados temas nos encontramos sólo en los comienzos de la investigación, mientras que para otros, podemos hablar ya de una progresión bastante interesante, incluso prometedora. En cualquier caso, se acusa el contraste con lo que sucedía hace pocas décadas, momentos en los cuales era casi obligado inferir teorías generales a partir de los pocos datos concretos disponibles.

Todo esto cobra sentido, si entendemos que es imposible hacer una separación estricta, a la hora de realizar un análisis, entre lo que son las fuentes susceptibles de proporcionar información para el caso/tema concreto que va a ser objeto de estudio, y los métodos que se revelan como más adecuados para abordar dichas fuentes, y que estas nos proporcionen el mayor grado de información posible –tanto en cantidad como en calidad de la misma. De ahí, que la diversidad metodológica existente entre cada aportación concreta, deba entenderse desde el punto de vista de simple y lógica adaptación a las necesidades específicas que produce cada tema de investigación en particular.

De esta manera, podemos encontrarnos en una situación en la cual dispongamos de un detallado registro de testimonios de carácter arqueológico –y no solo por su número, sino por el hecho de que, ya con anterioridad, hayan sido objeto de un estudio detallado y minucioso sobre toda la información que sean capaces de aportar. Por tanto, lo más lógico es que estos testimonios materiales se conviertan en el pilar imprescindible para basar nuestro estudio sobre el espacio o el período histórico dentro del cual se inscriben. Claramente este elemento se hace fundamental en el estudio de Alejandra Chavarría sobre las *villae* de la mitad oriental de la Tarraconense –más en concreto, su fase final–, ya que es el que va a aportar la información necesaria para entender y comprender correctamente aspectos como la monumentalización de las villas en el s. IV, o su paralelismo con una vitalidad de los núcleos urbanos que refleja la persistencia de las relaciones anteriores entre la ciudad y el territorio. Incluso puede aportar elementos que, si no expliquen, sí arrojen nuevos datos y elementos de estudio sobre las fases finales de estas *villae*.

El ejemplo opuesto, y a la vez paradigmático de la necesidad de una concepción flexible en lo tocante a la metodología, nos viene dado por la atención de Pablo C. Díez sobre el devenir histórico del territorio de la *Gallaecia*. Sobre todo, a la hora de la fijación de una identidad y geografía particulares y distintivas, se revela necesario volver la atención sobre el famoso *Parrochiale Sueuum* –documento redactado entre el 572 y el 582, que recoge para el territorio en cuestión una lista de trece sedes episcopales, a la que se añaden una serie de iglesias y *pagi*. Independientemente del uso o la interpretación que cada uno de a la información que aporta, el hecho objetivo es que supone una

fuente de información fundamental para el conocimiento de la estructura y la articulación espacial del susodicho territorio, no solo desde el punto de vista religioso, sino también político-administrativo, en un período concreto de tiempo. Fuentes documentales *versus* fuentes arqueológicas; cada una de ellas distinta de la otra, y sin embargo, cada una de ellas imprescindible dentro de su contexto específico.

Con respecto a la temática, puede resultar hasta cierto grado llamativo que se insista en la idea de que el título del presente volumen (Comunidades locales y dinámicas de poder en el norte de la Península Ibérica durante la antigüedad tardía), más allá de otorgar una caracterización general de cara al conocimiento del público, verdaderamente se presente como un elemento de unión entre los diferentes ejemplos de investigación. Máxime cuando se reconoce expresamente que el objetivo de las jornadas que dieron como resultado el presente volumen, fue el concentrar a un grupo de especialistas, con perfiles y orientaciones de dedicación claramente diferenciados, con el objetivo de que realizaran sus aportaciones sobre las diversas perspectivas desde las que se puede contemplar la evolución de unas comunidades humanas mas o menos específicas, tanto desde el punto de vista geográfico, como cronológico.

Sin embargo, yendo más allá de las previas delimitaciones de espacio –área septentrional de *Hispania*– y de tiempo –el período conocido como Tardoantigüedad, como toda la variabilidad en cuanto a fechas que este concepto pueda implicar–, en todos los casos podemos hallar un substrato, una “idea” común, la cual quizás queda plasmada de forma más acertada en el trabajo de Julio Escalona, sobre el final del mundo romano en la meseta del Duero –basado en una interpretación cimentada en la contemplación del hecho histórico desde la calibración de una mayor o menor complejidad organizativa política y territorial.

Contamos con la existencia de unas comunidades previas a la llegada de Roma, con un grado de complejidad y organización político-social autóctono, más o menos desarrollado, pero innegable. Con la inserción de su espacio vital dentro de la estructura administrativa romana, los elementos tradicionalmente dominantes entran en una carrera por adoptar manifestaciones de poder y prestigio –obtención de la ciudadanía, adopción del ideal de vida clásico, patrocinio de actos de evergetismo– que demuestren que siguen constituyendo, por derecho, el escalón superior del grupo social. En esta afanosa competición, arrastran sin duda a sus comunidades hacia la inserción dentro de las formas socioculturales propias del clasicismo. No obstante, cuando se hace imposible ascender más, o cuando la propia estructura dentro de la cual se esperaba medrar da signos de crisis o de cambio, estas comunidades, tanto poderosas como *humiliores*, vuelcan su interés hacia si mismos, centrandolo en individuos dominantes sus esfuerzos en lograr una reafirmación y legitimación social que instancias superiores ya no les garantizan con toda fiabilidad. Esta nueva orientación puede tomar las más diversas expresiones, desde los cambios en la forma en que se articula un territorio concreto –tanto en su aspecto habitacional como de explotación económica–, a los intereses de los *honestiores* por potenciar al máximo, y de todas la formas posibles, la base territorial de su posición social.

Con el presente volumen, se ha logrado dar fruto a una obra, valorable al mismo nivel, tanto por sus aportaciones individuales, como por lo que la conjunción de las

mismas aporta para lograr un todo dotado de una coherencia interna, que vaya más allá del título escogido para su presentación y divulgación.

Desde una visión de conjunto de la mencionada obra, entendida dentro del contexto que le es propio, es decir, ser una parte más de una perspectiva de estudio histórico que se haya precisamente en un momento de profundo cambio y renovación, se nos presenta como una ventana abierta al conocimiento y comprensión de una perspectiva más equilibrada y precisa del devenir de las diversas comunidades, desde el fin de las estructuras socio-político-administrativas romanas en occidente hasta la eclosión de formas de vida en Europa que se pueden denominar como propiamente medievales. Y esto, sin que el hecho de estar inserta dentro de una delimitación geográfica muy determinada dentro de la Península Ibérica, amengüe las posibilidades que ofrezca para líneas de estudio homólogas –cuando no en los resultados efectivos, si por lo menos en cuanto a métodos o perspectivas de investigación– que se extiendan allende nuestras fronteras.

Supone dejar de lado sencillos pero pobres conceptos –tales como crisis, ruptura, decadencia, antítesis entre medios diferentes e incluso en ocasiones hostiles–, para adoptar otros de mayor complejidad en sí, pero también de una mayor riqueza y posibilidad de cara a la investigación, como la idea de procesos de cambio continuado, en ocasiones con un recorrido que, por su extensión, nos dificulta una apreciación global; la insistencia en remarcar aquellos aspectos manifiestos de continuidad en las formas de vida de un período concreto a otro –hablándose más bien de realidad transformada–; la conciencia de que, determinadas modificaciones y alteraciones, mas que reflejo de una decadencia, representan una voluntad de supervivencia, de adaptación a unas nuevas condiciones en aras de preservar en la medida de lo posible aquello ya preexistente. Sobre todo, supone aliviar el concepto de cambio del viejo estigma de ser fruto de un impulso traumático y violento, para situarlo de nuevo dentro de lo que verdaderamente representa, un elemento más de lo que es el proceso histórico propio de cualquier sociedad humana que haya existido, ya sea en el siglo V o en el XX.

Descendiendo al nivel de las aportaciones específicas y especializadas, tratadas lógicamente cada una desde su parcela temática, regional o cronológica, cada uno de los casos concretos tratados supone una inmersión profunda y exhaustiva en la realidad social, económica o política de los grupos humanos que dieron en habitar ese espacio geográfico concreto, sin caer en la trampa de ceñirse de forma escrupulosa a una acotación cronológica, sino entendiendo que todo, y más en el campo de los estudios históricos, tiene un origen y también un final, entendido este no como interrupción abrupta, sino como lenta transformación hacia algo nuevo y distinto. Y esto, contando además con realizar un dedicado análisis de aquel elemento –bien relativo a su organización social, a sus actividades económicas extractivas de recursos, o a su forma de articulación del binomio entre población y hábitat–, que cada especialista, desde su particular interés, consideró como más el provechoso de estudiar, aquel que aportaría un conocimiento más relevante sobre ese grupo humano concreto, y en ese período temporal en particular.

De esta manera, el total de la obra se nos muestra, pues, como un equilibrado compendio de puntos de vista y perspectivas sobre el estudio de determinados aspectos concretos de un momento y una situación histórica más general –la de las comu-

nidades locales del norte hispano y sus dinámicas de poder, durante la tardoantigüedad—, logrando la profundidad y certeza en cada análisis sin por ello sacrificar la existencia de un criterio general (en ocasiones, difícil de percibir, pero existente) que ha logrado reunir la diversidad sin sacrificar el reconocimiento de lo individual.